

CHILE

96



**ANALISIS Y
OPINIONES**

Nueva Serie Flacso

Indice

PRESENTACIÓN	5
---------------------	---

INTRODUCCIÓN

Chile: una transición prolongada que busca la modernización y la equidad <i>Francisco Rojas Aravena</i>	7
---	---

POLÍTICA

La tranquilidad de un gobierno que descansa en la economía <i>Rodrigo Baño Ahumada</i>	19
--	----

Una mirada a 1996, una reflexión sobre 1997 <i>Enrique Correa</i>	29
---	----

Los desafíos de la profundización democrática <i>Manuel Antonio Garretón M.</i>	33
---	----

El Chile actual y su secreto <i>Tomás Moulian</i>	41
---	----

COMUNICACIONES

Comunicación masiva, opinión pública y política <i>José Joaquín Brunner</i>	47
---	----

Qué vieron los chilenos en la agenda televisiva del año 1996 <i>Giselle Munizaga</i>	57
--	----

GÉNERO

Corriendo y describiendo tupidos velos <i>Teresa Valdés y Marisa Weinstein</i>	67
--	----

Acuerdos comerciales, empleo e igualdad de oportunidades. ¿Qué le conviene a Chile? <i>Alicia Frohmann</i>	79
--	----

MODERNIZACIÓN DEL ESTADO

Sobre la modernización de la gestión pública en Chile hoy
Jorge Chateau 91

El proceso de descentralización: una mirada sociopolítica
Eduardo Morales M. 99

RELACIONES EXTERIORES

Política exterior: ya nos reinsertamos... ¿y ahora qué?
Gabriel Gaspar y Paz Verónica Milet 107

POLÍTICAS SOCIALES

Las políticas sociales en Chile
Clarisa Hardy 119

Nuevas formas de integración y conflicto en el campo chileno
Sergio Gómez 137

Educación: sinopsis de las iniciativas gubernamentales 1990-1996
Cristián Cox 151

RELACIONES CIVILES-MILITARES

Militares en Chile: ni completa autonomía ni total subordinación
Claudio Fuentes 165

Una mirada a 1996, una reflexión sobre 1997

Enrique Correa

Investigador Asociado, FLACSO-Chile

Reflexionar y opinar sobre Chile exige un ejercicio previo: reconocer que el país está bien y todo indica que seguirá estando bien e, incluso, mejor.

Por tanto es en ese marco de estupendo desempeño de nuestra economía y un alto grado de estabilidad política que se puede ensayar un análisis crítico de esta vuelta de año.

Digamos pues, a modo de síntesis, que 1996 fue de nuevo, al igual que 1995, un año en que el Presidente y el gobierno quisieron hacer de la modernización el eje de la agenda pública y terminaron enfrentados a un año sustancialmente político.

El país no se parece pues a los mensajes presidenciales.

En 1994, el Ministro de la Presidencia, Genaro Arriagada, dijo, y lo dijo bien, que mientras el hilo ordenador de la Administración Aylwin había sido la transición, la modernización sería la clave que daría sentido y misión al gobierno actual. 1994 terminó siendo un año político. Partió con la doctrina Stange y prosiguió con un drástico y temprano cambio del gabinete político que puso en tensión a la coalición gobernante.

1995 sería entonces, el año de avance en las modernizaciones pendientes. Llegó, sin embargo el caso Contreras y su lógica consecuencia: el retorno del debate sobre reformas institucionales y derechos humanos.

1996 empezó con el rechazo de las reformas constitucionales y terminó con el caso Guzmán, transformado hábilmente en el caso Schilling por la UDI.

Ahora, mirando 1997, el Presidente, el Consejo de Gabinete y en la segunda semana de febrero, el Ministro del Interior, han afirmado que este será un año esencialmente político. Tienen razones de sobra el Presidente y su gobierno para formular esa afirmación.

El año 1997 es un año de decisiones políticas de alcance estratégico, e incluso, histórico.

Tanto la permanencia o eliminación de los senadores designados, como el reemplazo en la comandancia en jefe del Ejército, de acuerdo a las normas constitucionales son, probablemente, los asuntos pendientes más gruesos de la transición. Del modo como ellos se resuelvan, depende que Chile pueda demostrar al mundo que contamos con un régimen político normal, libre de cualquier sospecha de cohabitación o de gobierno entre civiles y militares, como se sigue afirmando en los más influyentes círculos internacionales.

Ahora bien, concentrarse en este año en una agenda puramente política tiene sus riesgos, porque así como la Concertación se transformó en la fuerza del futuro cuando en 1988 construyó una fórmula política que devolvió la democracia, ahora, la fuerza del futuro será la que pueda convertir este buen período de nuestra economía, en una ocasión para inscribir a Chile en la nómina de los países desarrollados.

Cierto es que hemos avanzado en la modernización de nuestra infraestructura, pero es cierto, también, que las leyes que privatizan los puertos y las empresas sanitarias, estableciendo marcos reguladores razonables, duermen, si no el sueño de los justos, por lo menos una larga siesta en el parlamento.

Cierto es que hemos dado inicio a la reforma educacional, pero es cierto, también, que seguimos sin flexibilizar y desregular la gestión educativa, pieza clave de la modernización educativa, según el informe de la Comisión Brunner.

Existe la sensación en el país de que adolecemos de un déficit de liderato.

Pienso, sin embargo, que la raíz del problema es más compleja. En rigor, el país ha vivido, simultáneamente y de modo entremezclado una transición a la democracia y una transición a la modernidad.

Las reformas de Büchi en 1985, el viraje estratégico de la oposición de entonces, el pacto constitucional de 1989, el gobierno de Aylwin, el consenso que alcanzó y el empuje realizador de la administración Frei, son todos capítulos de esta doble trama democratizadora y modernizadora que nos envuelve y, a veces, nos enreda.

La verdad es que esto lo dijimos en 1990, pero no supimos o no pudimos sacar todas las consecuencias de ese concepto.

No ha terminado la transición, la Concertación no ha demostrado, aún, la misma capacidad para liderar la modernización de lo que dio cuando tuvo que encabezar la democratización y como si todo esto fuera poco, surgen, esta vez con urgencia, temas emergentes como el divorcio y la censura en la vida social y como la corrupción en el plano de la vida política y, también empresarial.

Ese es el nudo que tendrá que ser desatado en los años que vienen.

No hay, ni habrá un solo eje que ordene la agenda. Tenemos delante los asuntos residuales (no por ello poco importantes) de la transición, las modernizaciones, que no admiten más demora y los llamado, por algunos, temas valóricos, que no son otros que aquellos que se relacionan con el acrecentamiento de la libertad humana, en el marco de una democracia que se consolida y de una economía que prospera.

Desconocer el peso de los temas políticos sería un pecado de inocencia, si es que existe tal pecado. Postergar las reformas modernizadoras porque estamos en año electoral sería perder sentido del futuro, o dicho en chileno, pan para hoy y hambre para mañana. Eludir los temas de las libertades y los derechos ciudadanos, porque estos tensionan a la coalición gobernante, sería alejar aún más la política de los ciudadanos, especialmente de los más jóvenes..

En resumen, el país vive tiempos de tránsitos múltiples, irreductibles a un enfoque monotemático.

Esta es probablemente la más importante virtud que sigue conservando la política en estos tiempos del mercado, ser el oficio humano que puede articular la diversidad y no sumirse en su confusión heterogénea.

Esa es la prueba que tiene por delante el liderato político chileno, favorecido por lo que pudiéramos llamar el efecto creador del crecimiento, que abre oportunidades de convertir los problemas en oportunidades para crear nuevas y mejores realidades.

El crecimiento económico chileno, a lo menos en esta última década, no es, sin embargo, eterno y no podemos arriesgarnos a vivir de nuevo la historia de la Cenicienta, como la vivieron nuestros abuelos, precisamente al comenzar el nuevo siglo XX.

